

ARQUITECTURA

ORGANO OFICIAL DE LA
SOCIEDAD CENTRAL DE
ARQUITECTOS.

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PRÍNCIPE, 16

AÑO III

Madrid, Enero de 1920.

NÚM. 21

SUMARIO

ALBERTO ZUM FELDE.....

Los tres períodos de la arquitectura uruguaya (con unas *Palabras preliminares* de Leopoldo Torres Balbás).

GUSTAVO FERNÁNDEZ BALBUENA...

Comentarios.—Las láminas y los dibujos de Arquitectura. Relatividad de la crítica estética.

J. DE YRIZAR Y LEOPOLDO TORRES
BALBÁS.....

Rincones inéditos de antigua arquitectura española: Las tallas populares de la ermita de Santa María la Antigua, en Zumárraga. La cocina de Sobrado. El caserío de Aguilar de Campoo. El castillo de Lorca.

R.....

Arquitectura española contemporánea: Edificios escolares del Ayuntamiento de Barcelona.

Libros, revistas y periódicos.

Los tres períodos de la arquitectura uruguaya. (1)

Palabras preliminares.

Con un gran interés debemos seguir los arquitectos españoles el movimiento constructivo de las Repúblicas hispanoamericanas. En ellas—y aun en los Estados Unidos, en California—dejó nuestra raza huella tangible de su espíritu en una numerosa serie de edificios de los siglos XVII y XVIII—conventos e iglesias la mayoría—, de un exaltado y extraño barroquismo bastantes de ellos, en los que no falta un matiz indígena de las obras anteriores á la colonización española. En el modesto caserío de las ciudades hispanoamericanas, subsistente en su totalidad hasta hace pocos años, reconócese el influjo de las antiguas agrupaciones urbanas del Mediodía de España. El emigrante que veía esfumarse lentamente el caserío gaditano, por ejemplo, embarcado con rumbo á América, tras de largo viaje, contemplaba de nuevo, al llegar á Montevideo ó á Buenos

(1) Figura este trabajo como apéndice al libro del Sr. Alberto Zum Felde: *Proceso histórico del Uruguay. Esquema de una sociología nacional*. Montevideo, 1919.

Aires, calles y viviendas análogas á las que vió en España por última vez. En un patio de una de esas ciudades podía creerse en el de una casa andaluza. El clima análogo había hecho muy razonablemente adaptar las viviendas del sur de España á esas regiones de América.

Más tarde, en estos últimos años de apagamiento espiritual de nuestra patria, de mediocridad ambiente de la que sobresalían escasas voces de protesta de gentes feticemente inadaptadas, no ejercimos influencia ninguna arquitectónica en nuestras antiguas colonias.

El pobre caudal patrio era escaso aún para regar el suelo nacional, cuanto más para ir á fecundar tierras lejanas. El antiguo acerbo arquitectónico, inagotable y espléndido, era casi completamente desconocido. La Escuela de Bellas Artes de París ejercía mientras tanto una influencia general en los países hispanoamericanos. El Sr. Zum Felde explica admirablemente en las páginas que van á continuación, cómo las grandes ciudades se llenaron de casas exóticas, cubiertas con mansardas y apropiadas á países de clima septentrional. La intensa emigración italiana aportó también algo de la moderna arquitectura de su país á estos pueblos jóvenes, y, por ello, con un sano y ardiente afán de novedad.

También los Estados Unidos, muy últimamente, han ejercido alguna influencia arquitectónica sobre ellos.

El nacionalismo y regionalismo artísticos, que tan pujantes han brotado en Europa á partir de la guerra, repercuten ya en esas Repúblicas. Probablemente, las influencias exóticas irán desapareciendo lentamente, y cada nación tratará de reanudar la evolución lógica de los viejos edificios regionales, en los que había una parte de fondo indígena y otra de sano influjo español, transformados en unos siglos de adaptación al clima y al espíritu de la tierra. Y entonces, es probable que vuelvan los ojos esos pueblos á una de las raíces de su antigua arquitectura y que busquen su inspiración en el viejo arte español. Ya en Buenos Aires se nota algo de esta tendencia desde que Rodríguez Larreta construyó allí un palacio con motivos de nuestras antiguas arquitecturas, aunque parece que desgraciadamente el movimiento hasta ahora está más impuesto por la moda que producido conscientemente por los técnicos.

El peligro, si ese momento llega, será que se entienda por arte español algo que ni lo es ni lo ha sido nunca.

Muy extendidas por la América española las creaciones de los que se ha llamado escultores de la regencia —Querol y Benlliure á la cabeza—, hay que decir muy alto que no responden sus obras á ninguna de esas dos denominaciones, como asimismo ocurre en Arquitectura con ese teatro que proyecta construir en Buenos Aires la compañía Guerrero-Mendoza.

Si algún día nuestros compañeros de las Repúblicas hispanoamericanas vuelven sus ojos hacia la arquitectura de este viejo solar, del espíritu joven, vivo y moderno de la mayoría de ellos, manifestado, por ejemplo, en agrupaciones como el Colegio de Arquitectos de la Habana y la revista Arquitectura, de Montevideo (y citamos lo que más conocemos), hay que esperar que miren con particular amor la arquitectura popular española, tan jugosa y varia, y que es la que verdaderamente tiene gérmenes de fecundidad, y que si les atraen los grandes edificios consagrados de nuestra historia

constructiva, de ellos aprovechen el espíritu, la esencia, desecharlo la copia de detalles, que no pueden sobrevivir nunca al arte que los creó (1). —LEOPOLDO TORRES BALBÁS.

La arquitectura es lo fundamental del arte plástico considerado como manifestación del carácter social. La pintura y la escultura son artes más independientes, más personales, en cuanto á sus relaciones con los factores sociales del medio. La arquitectura está más ligada á las condiciones materiales y sociales del país y de la época, como que tiene por base un elemento necesario: la vivienda. Influyen, y aun determinan sobre este arte, incomparablemente más que sobre los otros, las condiciones geográficas, económicas y civiles. La arquitectura es, en fin, un arte fundamentalmente *civil*, pues está ligado á la vida cotidiana de los individuos, respondiendo á las necesidades sociales, refleja las costumbres y las instituciones. El clima, el suelo, los materiales constructivos, la forma de la propiedad, determinan, por una parte, la arquitectura; por otra, la determinan los caracteres psíquicos y las costumbres sociales. Así, pues, es la arquitectura lo que está más dentro de la historiología, y lo que debemos atender como fenómeno social.

En el Uruguay la construcción presenta tres períodos netamente definidos, que corresponden á tres períodos sociales: colonial, criollo y cosmopolita.

La arquitectura colonial en el Uruguay difiere de la misma en los países andinos de América. En Perú, Colombia, Chile, Córdoba argentina y demás imperó para la construcción monumental el barroco español, llamado plateresco, introducido por los jesuítas para las catedrales, y cuyos elementos: cornisones ondulados, columnas salomónicas, ornamentación profusa y pesada, se usan en la construcción civil. Montevideo, plaza militar, ciudad sin lujo, sin clero, sin claustros, sin hidalgos, no conoció el estilo plateresco. Su arquitectura es simple, cuadrada, plana, desnuda, limitándose á la parte constructiva, casi sin ornamentación. La casa es de un solo piso bajo, con ventanas pequeñas, de rejas voladas, fachada completamente lisa ó adornada de pequeñas cornisas sobre las aberturas: es de ladrillo y barro, con techo de teja al principio, luego techada de azotea. Interiormente se dispone en un zaguán de entrada bastante ancho, con salas á ambos lados, un patio principal rodeado de habitaciones con ventanas de reja y persiana, con un aljibe de brocal de mármol ó azulejos, patio completamente abierto, á veces emparrado ó con un árbol en el centro—magnolio, aroma, limonero—, que da sombra, frescura y fragancia. El comedor cuadra al patio por el fondo, y un corredor da paso á un patio segundo, donde están las habitaciones de servicio. La casa suele tener al fondo ó al costado, huerta, jardín ó corral de uso doméstico. En la primera década del siglo xix se construyeron algunas casas de altos, siguiendo el mismo estilo de fachada y semejante disposición interior. Más tarde se agregó á las casas principales un mirador, construido generalmente sobre la pieza del centro. El aspecto general de esta casa recuerda bastante la casa andaluza, aunque no es exactamente. El patio es una herencia árabe y un elemento meridional, que tuvieron también los romanos, determinado por el clima. Su adopción en el Uruguay se explica—aparte la proce-

(1) Aprovechamos esta ocasión para decir que la Redacción de la revista ARQUITECTURA está á la disposición de los arquitectos hispanoamericanos que deseen informes y noticias sobre nuestro arte.

dencia andaluza y mozárabe de muchos colonos—por la semejanza de condiciones geográficas. Montevideo puede ser Cádiz ó Sevilla. Andaluza es la persiana verde y la reja florida, que dan tema al amorío furtivo y á la vihuela de las serenatas. Arabe es también el blanco mirador que se alza sobre la casa, aunque no sea morisca su figura. El patio es el lugar de la tertulia doméstica en el verano, y al mirador se sube por las tardes á contemplar el estuario, la bahía y las colinas de los alrededores. Esta construcción colonial se mantiene con poca variación hasta mediados del siglo.

La arquitectura que llamamos criolla no es precisamente una forma autóctona y original, sino la casa colonial reformada en virtud de nuevos elementos estéticos importados, resultando de ello un estilo particular. Tal es el tipo criollo descendiente de español, pero modificado por otros elementos; y tal el carácter de la sociedad nacional de 1830 á 1900, en que los rasgos de herencia hispana se mezclan y combinan con otros rasgos extranjeros y autóctonos.

Llamamos arquitectura criolla al estilo de construcción doméstica predominante en la segunda mitad del siglo XIX, y que alcanzó su auge entre los años 80-900, porque él es característico de este país, no encontrándose tal cual en ninguna otra parte. Es en general una combinación de la casa colonial y del estilo del Renacimiento italiano. Coincidendo con la profusa inmigración italiana, la arquitectura civil adopta elementos grecorromanos, modificando el aspecto de la casa colonial, aunque la planta y disposición se conserven. Es la misma, en efecto, la disposición: un piso bajo, zaguán amplio, con habitaciones á ambos lados, patio descubierto rodeado de habitaciones, comedor cuadrando el patio, corredores, dando acceso á un patio segundo, de servicio, y el esbelto mirador, irguiéndose sobre el medio de la casa. Pero las aberturas, antes pequeñas y enrejadas, son ahora altas y de arco; las rejas se substituyen con balcones de mármol, hechos de balaustres; las fachadas se decoran con columnas jónicas y corintias, zócalos pulidos, frisos y cornisas elegantes. Las persianas dejan lugar á las celosías; los zaguanes y patios se decoran con cornisas, pinturas y estucos; al patio se le agrega una galería cubierta alrededor, dejando en el centro un amplio *impluvium*, que ocupa á veces una fuente, ó bien se le techá con claraboya. El aljibe y el emparrado pasan al segundo patio, que es el de desahogo de la familia. A los salones se le ponen portadas vidrieras y á los cancelles de hierro substituyen puertas con cristales. El aire general de la vivienda es entonces una combinación de la casa romana y de la andaluza, dando un tipo en cierto modo propio. Las construcciones de altos siguen idéntica disposición, destinándose con frecuencia el piso bajo á almacenes; la fachada se termina por un frontón renacimiento. El ejemplar más culminante de este tipo de construcción civil que puede verse actualmente en Montevideo es el palacete de Santos. Esta edificación corresponde al período más definido que ha tenido la nacionalidad, cuando el tipo uruguayo había adquirido cierto carácter; este tipo, como esa arquitectura, no eran ya coloniales, sino rioplatenses, formados por elementos hispánicos, autóctonos y grecolatinos. Julio Herrera y Obes puede representar ese tipo social del Uruguay en su forma más seleccionada.

El tercer período arquitectónico, que comprende la actualidad, iniciado al comienzo del siglo, es de carácter cosmopolita, y corresponde al cambio en las condi-

ARQUITECTURA SUDAMERICANA



ESTACIÓN DE MEDELLÍN (COLOMBIA)

PLAZA DE SAN MARTÍN, EN BUENOS AIRES (REPÚBLICA ARGENTINA).

Ese magnífico palacio privado de la plaza de San Martín de Buenos Aires podría estar perfectamente en una ciudad francesa. Efectivamente, no es más que una lámina del Raguenet...



UNA CALLE DE POTOSÍ (BOLIVIA).

Típicos son en Potosí los riquísimos miradores muy volados, de madera tallada. Si no fuera por el que se ve en la fotografía, esa calle soleada y pendiente, con sus grandes rejas, sus portadas barrocas y grandes puertas, podría ser de Ecija, de Ronda, de Andújar, de cualquier villa andaluza...



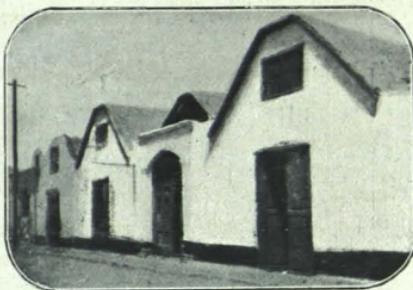


UNA PLAZA DE POTOSÍ (BOLIVIA).

He aquí un aspecto muy típico de una de las principales plazas de Potosí, centro minero que en 1595 llegó á tener 160.000 habitantes. El barroco traído de España da aquí una nota muy personal y poco refinada. Hay en ella una impresión de predominio de la masa, de pesadez, que tal vez encontráramos en los viejos monumentos indígenas de la región.

CALLE DE UNA PEQUEÑA CIUDAD DEL NORTE DE CHILE.

Arte popular en toda la extensión de la palabra y, por ello, sano, adaptado al país. Las casas son típicas de los pueblos del norte de Chile. En las puertas de madera, bellamente talladas, el arte popular acumuló todo su saber. Ese farol sostenido por una palomilla muy volátil, lo hemos visto más de una vez en las ciudades de Castilla...



EL PALACIO DE TORRE TAGLE, EN LIMA (PERÚ)

Una residencia de tiempo de la dominación española. En la puerta y el balcón que con él hace cuerpo se está viendo, á pesar de su *americanización*, el modelo barroco andaluz. Pero la nota típica americana, impuesta por las necesidades del clima, son esos estupendos miradores, muy generalizados en el siglo XVIII en la costa del Pacífico, y que están recordando los de las calles de El Cairo o Constantinopla...



ciones económicas y demográficas de la capital. El tipo de construcción es el corriente en todas las ciudades de Europa: la casa de tres ó cinco pisos, dividida en departamentos, de estilo confuso, generalmente provista de mansardas de pizarra en su altura, y servida por ascensores. Es lo que se llama *casa de renta*. Junto á ésta está la casa particular, reproducción exacta del *petit hôtel* europeo, así por fuera como por dentro. Se le rodea, si está en los barrios del ejido, de una especie de jardincillo de césped, liso, sin árboles, adornado con banquitos de laqué y alguna ninfa de bazar. Como se ve, ninguna relación tiene este género de arquitectura con la construcción anterior del país.

Hay que distinguir en esta nueva construcción dos factores: el económico y el estético. El factor económico es el que determina la casa de renta en el centro urbano, por valorización del terreno, densidad de la población, actividad de los negocios, utilización del ascensor eléctrico, etc. Al cambiar las condiciones económicas en el centro urbano, tiende á cambiar la edificación, ajustándose á las necesidades. La casa de un piso ó de altos ya no responde á las exigencias de la condensación urbana; es preciso levantar varios pisos; además, así se aprovecha el terreno, especulando sobre la renta.

El elemento estético, en cambio, no representa una necesidad material, sino una libre elección, ó, mejor dicho, una manifestación psíquica. Y aquí es donde se revela, en una de sus expresiones más concretas, la época de crisis histórica por que atraviesa la ciudad, en su transformación cosmopolita, imitando sin discernimiento ni adaptación todos los modelos de ultramar. Podríamos considerar este período como una copiosa inmigración estética; en efecto, nos llegan todas las formas y los usos de las ciudades europeas, adoptándolos nosotros *en crudo*. El cosmopolitismo arquitectónico hace de la ciudad una especie de feria; todas esas formas, á modo de aluvión inmigratorio, cubren el suelo, suplantando y borrando todo lo anterior. Pero, á modo también del inmigrante humano, tendrán que sufrir un proceso de adaptación, resolviéndose en una generación nueva; en una palabra, tendrán que nacionalizarse.

Efecto de esa inmigración estética y de ese afán europeizante que caracteriza el período social, es la incongruencia de muchas formas, que surgen sin relación y aun en oposición con el ambiente. Esas sombrías mansardas de pizarra con que coronan los edificios, esas fachadas grises y monótonas, esos jardincillos pelados y de juguetería, son incongruencias evidentes en el medio templado, de vientos límpidos y cielo luminoso, sin nieves ni humedades asiduas, cuyas cualidades climáticas se asemejan á las del Sur de Europa, donde, precisamente, por buen sentido natural y estético, no hay mansardas, ni fachadas grises, ni jardincillos nórdicos, cosas propias del clima de la Europa central y boreal.

El ambiente de las ciudades como París, Londres, Berlín, Bruselas, es *opalino* por así expresarlo; su cielo es vago y á menudo brumoso; su vegetación está hecha de matices finísimos; una íntima tonalidad violeta envuelve las cosas, acariciándolas, velándolas; las fachadas de portland pierden en seguida su crudeza, patinándose de un tono antiguo y severo; los jardincillos pelados, las *parterres*, convienen en lugares donde el aire está á menudo demasiado cargado de hume-

dad; las mansardas obscuras hacen juego con el tono severo de las fachadas, armonizan con el ópalo amortiguado de los cielos, con el matiz liláceo del ambiente.

Aquí todo es distinto. Aquí hay demasiada luz, demasiado cielo, demasiado aire, demasiada crudeza natural. Allá, el cielo apenas se siente: es una cosa vaga; aquí no hay más que cielo; cielo y mar por todos lados. Colina peninsular, barrida por los vientos del estuario, Montevideo está llena de cielo á toda hora. Cielo azul, cielo rojo, cielo dorado, cielo de grandes nubes luminosas, cielo de verde pálido, cielo de rosas y de seda, cielo de morbidez casi sensual ó de idealidad pan-teísta, toda hora es aquí un juego maravilloso de claridades y de colores. Y el estuario, con sus aguas cambiantes y sus reflejos... La estética arquitectónica ha de buscar, como condición esencial, la armonía entre las formas y el ambiente. Lo que está fuera de medio está mal; lo que es hermoso en París puede ser horrible en Montevideo. A Montevideo y á todo el país uruguayo corresponde, por sus condiciones y carácter, patios con cielo, amplias terrazas y azoteas, pórticos abiertos, fachadas vivas, colores frescos, definidos, jardines de fronda, claridades.

La casa de renta, con sus varios pisos, no implica frentes grises ni mansardas de carbón; la casa particular, de *confort* moderno, no supone necesariamente el calco de los hotelitos ingleses y franceses, propios para Francia é Inglaterra. Adaptar esas formas importadas al ambiente natural, ponerlas en relación estética con el territorio, tomando de ellas lo que corresponde y dejando lo demás, es lo que falta hacer todavía.

La estética imitativa—y por ende infantil—de este período vive exclusivamente del figurín europeo. Hay figurines de arquitectura como hay figurines de modas y figurines de literatura. Se confunde la cultura con el remedio, la ilustración con la repetición. *Parecer Europa* es la gran preocupación uruguaya en este tiempo. Vivir á lo inglés, ó á lo francés, ó á lo yanqui, es la norma de los ciudadanos de este período. Es este, indudablemente, un período de crisis y de transición, inevitable de dentro del orden histórico, quizás saludable, del que saldrá la definición del carácter propio.

ALBERTO ZUM FELDE.



Dibujo del Arquitecto R. Fernández Balbuena